

OLAS DE PLACER

P. J. Mellor

AFRODISIA

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Pleasure Beach
Traducción: Purificación Meseguer Cutillas

- © 2006 P.J. Mellor. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Purificación Meseguer Cutillas. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Junio 2008

ISBN: 978-84-92431-28-1

Depósito Legal: M-26174-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

*Dedico esta novela a Mary Law,
una profesora de inglés excelente,
dondequiera que estés.
Se la dedico también a mis padres,
'Mac' y Virgie McAllister,
por su amor y apoyo permanente.
Y por supuesto a mi marido, Michael,
mi prototipo perfecto de héroe
y mi tan servicial compañero
de investigación. ¡Te quiero!*

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a mi maravillosa agente, Sha-Shana Crichton, y a mi fantástico editor, John Scognamiglio.

Agradezco igualmente a todas las escritoras de novelas románticas de América y a mis colegas de crítica, del pasado y el presente: Cheri Jetton, Linda Barret, Pat O'Dea Rosen, Jessica Trapp, Babette Dejongh, Peggy Hamilton-Swire, Karyl Van Wageningen, Terri Dunham, Judythe Hixson, Janet Clementz-Garza y Sharon Mignerey.

FALSAS IDENTIDADES

1

Su abogado dio media vuelta y se alejó, sin volver la vista atrás. Estaba seguro de que se obedecerían sus órdenes.

Y no se equivocaba. A ella se le daba muy bien obedecer órdenes.

—¿Quién iba a tomarte a ti por una fugitiva? —meditaba a través del retrovisor—. Lindsey McCall, estudiante de matrículas, Girl Scout, bla, bla, bla —se dijo. Ni siquiera las mechas que acababan de tinter su melena larga y morena le daban un aire distinto; ahora le hacían parecer una tarada.

Suspirando, condujo su cascado Ford Escort hacia la salida del aparcamiento. Mientras esperaba alguna abertura por la que escaparse del tráfico, respiraba el aire caliente y cargado que escupía el aparato de aire acondicionado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo has podido meterte en este lío?

Puede que la de recaudadora de impuestos no fuera la profesión con la que había soñado pero lo hacía bien... bueno, al menos hasta que Sunshine International le encargó el desfalco multimillonario de los fondos del Summers Group y después la despidió. Ahora estaba claro que nunca volvería a trabajar en ese campo.

Cuando vio una abertura en el tráfico, pisó a fondo el pequeño acelerador y se incorporó bruscamente a la circula-

P. J. MELLOR

ción, ignorando el chillido de sus frenos y haciendo caso omiso a los cláxons de varios coches.

La llave que su abogado le había puesto en la mano pellizcaba su carne contra el volante. Puede que una semana en la playa no le viniera mal. La jornada laboral ya había terminado y quizás un poco de aislamiento era justo lo que necesitaba. Así tendría tiempo para ordenar y organizar sus pensamientos, y para pensar qué haría con el resto de su vida. Se permitió una risa ahogada. O quizás ese tiempo le valiera para planear su suicidio.

Derek Summers partió su lápiz por la mitad y después se lo tiró a su asesor legal.

—Hank, me dijiste que era una causa noble y legítima, una buena deducción fiscal. ¡Odio la publicidad! ¡Lo sabes perfectamente! ¡Ese estúpido abogado me ha citado! ¡A mí! —agitaba las manos mientras le hablaba—. Ni siquiera doy entrevistas. ¡No pienso aparecer en todos los periódicos locales por ir a un juzgado!

—Derek, no te preocupes —le dijo Hank Connors—. Veré lo que puedo hacer para sacarte de todo esto.

Derek observó al hombre que había sido abogado del grupo Summers durante tres generaciones. Parecía más viejo que Matusalén, pero si se proponía hacer algo, siempre acababa consiguiéndolo.

—¿Por qué no se marcha a casa ya, señor Summers? —le preguntó desde el otro lado de la sala Hazel, su casi igual de vieja secretaria. Hazel había sido la secretaria del padre de Derek y sabía más sobre el negocio familiar de lo que él se había preocupado en conocer—. ¿Ha tomado hoy su medicación para la tensión?

—¡Maldita sea, Hazel! ¡No intente mimarme! Para su información, hace casi un año que dejé las pastillas. Así que deje de preguntarme, estoy perfectamente.

Los dos empleados intercambiaron las miradas, lo que le sacó de sus casillas otra vez.

—¡Ya veo! Los dos creéis que estoy exagerando.

—Señor Summers, cálmese —Hazel hojeaba la agenda que siempre llevaba—. Tenía previsto marcharse a su casa de la playa esta mañana —sus ojos castaños lo miraban fijamente a través de los grandes cristales de sus gafas de piedrecitas incrustadas—. Dese prisa, váyase antes de que empeore el tráfico.

Dejó caer los hombros, abatido.

—¿Qué más da? —se puso de pie de un salto y tiró de la cazadora militar que había en el respaldo de su silla—. Hank, espero que lo tengas todo listo cuando vuelva la semana que viene.

—Ya estoy en ello, jefe —le afirmó Hank—. Estoy comprobando los antecedentes de la principal sospechosa —le echó un vistazo al papel que tenía en la mano—. Una tal Lindsey McCall.

La luz del motor del coche de McCall estaba parpadeando cuando su coche resolló hasta detenerse, al lado de la casa de alquiler de la playa en South Padre Island. Intentando no pensar en las posibles consecuencias de aquella luz, se concentró en la casa que aparecía sobre ella.

La fachada, de madera de pino y cristal, estaba rodeada por terrazas en cada piso. Podía ser fácilmente tres veces más grande que la pequeña casa que alquiló en la montaña en Houston.

Cuando bajó del coche, el anillo se le enganchó en un lado de su mejor falda, estropeándola. Ras. ¿Por qué no se había cambiado antes de salir?

Bajó la mirada hacia su mano y se le llenaron los ojos de lágrimas. El pequeño diamante del anillo de compromiso que Joel le había ofrecido hacía ya tres años se desgastaba poco a poco.

P. J. MELLOR

No era tan valioso y Joel ya hacía tiempo que se había ido, incluso puede que se hubiera casado con otra. Sin embargo, aquel diminuto anillo de oro había significado algo para ella. Significaba que alguien, alguna vez, había pensado lo suficiente en ella como para barajar la posibilidad de proponerle matrimonio. Aquello no cambiaba mucho las cosas, pero era todo a lo que podía aferrarse.

Y ahora, se había ido. Siguió adelante, llevándose con él toda su vida. Con un gesto apático, se quitó el anillo del dedo y lo guardó en el bolsillo de su cartera. Cuando encontrara un nuevo trabajo, se plantearía reemplazar la piedra por otra. Al fin y al cabo, además de los pendientes de diamantes que Hatti Brubaker le regaló, era la única pieza de joyería que tenía de valor.

El asa de la maleta se rompió cuando intentaba sacarla del diminuto maletero.

—Genial —se quejó—. No tengo trabajo, no tengo ni marido ni pareja, no tengo joyas buenas y ahora esto. Soy un cero a la izquierda.

Abrió la cremallera de la maleta lo suficiente para dejar una pequeña abertura por la que deslizar la punta de sus dedos y la arrastró por la arena hacia las escaleras que conducían del aparcamiento a la terraza trasera. Cuando ya no avanzaba más, tiró de ella hasta alcanzar los escalones.

Arrastraba y soltaba. Arrastraba y soltaba. La maldita maleta no podría con ella. Avanzaba poco a poco, pero finalmente consiguió llegar a la terraza.

—Uf —suspiró.

Las olas rodaban hasta la orilla de la playa, tranquilizándola con su sonido. A lo lejos, en el mar, las gaviotas le llamaban. En el horizonte, se vislumbraba un matiz rosa, apenas perceptible.

Echó un vistazo a la amplia terraza. En el rincón opuesto, al lado de las puertas correderas, descansaba un *jacuzzi*, lo suficientemente grande como para que entraran seis

personas adultas. Se asomó a ver cómo burbujeaba el agua, impresionada por la meticulosidad con la que su abogado lo había preparado todo.

—Muerta, ahogada en un *jacuzzi*... no —sacudió la cabeza—. Tanta agua con burbujas acabaría hinchando mi cuerpo. Me gustaría, por lo menos, dejar un bonito cadáver.

Tras hurgar con la llave en la cerradura, consiguió abrir la pesada puerta de cristal, que se deslizó sobre un suelo bien encerado.

Le gustó la fría oscuridad que encontró en el interior. Una vez que sus ojos se adaptaron al ambiente, pudo apreciar la decoración... bueno, lo que quedaba de ella.

El salón estaba recargado con demasiados muebles, algo de cuero pero todo mullido. Tenía una fantástica chimenea, pero ¿quién querría hacer un fuego estando en la playa? Se encogió de hombros y se fue a la cocina.

—Bien —apreció al ver cómo la puesta de sol se reflejaba en el acero inoxidable de los electrodomésticos—. Me vendrá bien cuando me dé por cocinar.

Arrastrando su maleta por la escalera semicircular, subió hasta llegar a lo que parecía la habitación principal.

—¡Dios mío! —exclamó.

Sus dedos soltaron el asa rota de la maleta, que cayó haciendo un sonido seco y suave, esparciendo todo lo que contenía por la moqueta aterciopelada de color azul marino.

La pared abovedada del exterior era de cristal. Cogió el mando y apretó el botón, haciendo que el cristal se abriera con un sonido suave, dejando que el murmullo del oleaje se colara en la habitación, resonando, dándole la impresión de que se encontraba dentro de una caracola de mar gigante.

La enorme y redonda cama de latón parecía hacerle señas. Dando un salto hacia atrás poco propio de ella se echó en la cama, frotando sus manos y sus pies desnudos con la colcha de seda natural de color melocotón oscuro que resplandecía en la inminente puesta de sol.

P. J. MELLOR

Con aire hedonista, se levantó para deshacerse del traje formal. Después se quitó el sujetador de algodón y las braguitas. Claro que sólo tenía que recogerlas y guardarlas, pero por el momento, quería dejarse llevar.

Ser una buena chica no le había llevado nunca a ningún sitio, así que ya era hora de descubrir la mujer salvaje que llevaba dentro.

Abrió el bote de somníferos que Hattie había insistido en que llevara y se metió dos en la boca. ¿Qué importaba que las pastillas le hicieran dormir como los muertos? De todas maneras no tenía razón por la que despertarse. No tenía un trabajo al que ir, ni nadie a quien ver.

Desnuda, se acercó despacio a la ventana abierta y observó la extensión de playa que llevaba al golfo. Debajo de la ventana, se podía ver el borde de la terraza, algunas rocas y arena, un montón de arena.

—Muerta, enterrada en la arena... —se frotó las manos y dio un paso atrás—. No, demasiado abrasivo —dijo mirando hacia la puesta de sol.

Se le escapó un gran bostezo. Se dirigió a la cama, se estiró y trepó por la tentadora y decadente colcha preguntándose si las sábanas serían de satén.

Bostezó otra vez. Estaba cansada, había sido un largo viaje, le dolían los músculos y los párpados se le cerraban. El sonido del oleaje volvía a llamarla. Sería genial tomar un baño al caer el sol, antes de que las pastillas hicieran su efecto.

Puede que descansara sólo un rato antes de ponerse el traje de baño.

Exploró su desnudez con la mano, desde el pecho hasta la cadera. Nadie creería que la santa de Lindsey McCall estaba experimentando su lado más salvaje.

—Sí —Derek hablaba por el audífono de su teléfono móvil mientras giraba con el coche—. Estoy girando a la derecha.

Su Porsche Boxster se detuvo en un stop situado en el garaje de su casa de la playa. Apagó el motor y se restregó la cara con la mano mientras decía:

—Jack, agradezco el gesto, pero estoy hecho polvo. El viaje ha sido largo y el tráfico horrible —Se bajó del coche y se acercó al maletero—. Mi cumpleaños no es hasta la semana que viene, pero gracias —se sentó encima de la maleta y suspiró—. ¿Por qué tienes tantas ganas de que recoja ahora el regalo de cumpleaños que has dejado en tu casa?

Con sólo apretar un botón, encendió el alumbrado interior y exterior de la casa. Un pequeño bip le indicaba que las puertas estaban también abiertas.

Arrastró la maleta hacia la entrada trasera de la casa y presionó el botón de cerrar.

—Bueno, si es tan importante, iré para allá ahora y lo cogeré antes de que el inquilino llegue. La habitación principal. Entendido —retrocedió hacia el coche—. ¿Aún está la llave en el mismo sitio? Gracias, tío. Te daré un toque cuando me despierte.

Otro bip abría la puerta del coche. Cogió su teléfono móvil antes de dirigirse a la playa, hacia la casa de su amigo para coger su regalo.

—Oh, Jack, colega —susurró Derek desde delante de la puerta de la habitación de su amigo—. Esta vez te has superado.

Cuando su prometida rompió el compromiso, Derek se sintió aliviado. Por desgracia, sus amigos creyeron que estaba destrozado, así que le pagaron un crucero para propiciar un nuevo ligue.

Pero el plan falló.

Jack era el único amigo que no había intentado animarle durante el último año, por lo cual le estaba profundamente agradecido.

Derek descansó el hombro en el marco de la puerta, sonriendo.

Y ahora Jack le daba... esto... por su cumpleaños.

No había tenido relaciones desde hacía bastante tiempo y Jack debía saber que ya se encontraba preparado para experimentar algo nuevo.

Caminar por el lado salvaje.

Mientras se deshacía de la ropa, con más impaciencia que nunca, sus ojos acariciaban la perfecta desnudez de la mujer que se extendía frente a él, en la cama de las *orgías* de Jack. Agarró un puñado de condones que encontró en el desorden del suelo mientras se acercaba a coger su regalo de cumpleaños.

Mi viejo amigo Jack, pensó mientras trepaba por la cama hasta alcanzar su ninfa personal.

Me ha regalado una puta.